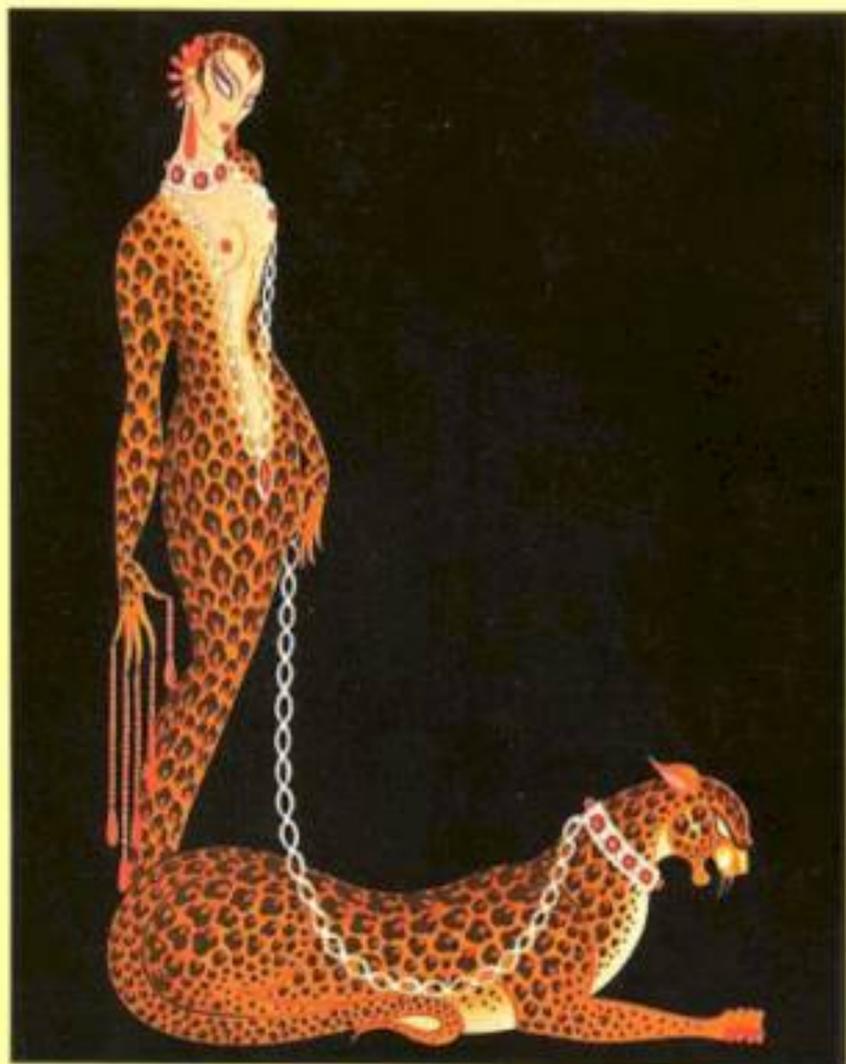


JEAN
RHYS

*Los tigres
son más hermosos*



Jean Rhys ha sido finalmente redescubierta como una de las grandes escritoras del siglo, como lo atestiguan la perfección estilística y la personalísima sensibilidad de *Los tigres son más hermosos*, su mejor volumen de cuentos. El título —que corresponde a uno de los relatos— se escogió en parte por la sensación, que se desprende del libro, de que las personas respetables son tan feroces como los tigres... y, desde luego, menos hermosas; y, en parte, por el ácido humor del relato en cuestión, ya que a veces se pasa por alto que el humor está presente en buena parte de la obra de Jean Rhys, por triste, incluso sórdido, que sea el tema. Jean Rhys escribe sobre los desplazados, los *outsiders*. En ninguna de estas historias hay un hogar, una familia; los personajes viven en hoteles, habitaciones o pisos alquilados, expatriados no se sabe bien de dónde, precariamente, dependiendo de amigos imposibles. Sus vulnerables heroínas poseen una certera visión de la crueldad e hipocresía de la gente «corriente» y una aguda sensación de «no pertenecer». Todo ello, sin embargo, escapando de los peligros de la autocompasión y con un humor que nunca derrapa hacia lo artificialmente cómico.

«¿Qué escritor ha creado unas heroínas que, por su femineidad, por su sabiduría sensual, hubieran deleitado a la propia Colette? ¿Quién ha sabido comprender a mujeres tan frágiles como ávidas de vivir en conflicto con la encorsetada burguesía y las ha descrito en su derrota, con el mismo placer masoquista que proporcionan las oleadas románticas en las óperas de Puccini? ¿Y quién, en sus páginas, dota a la riqueza de un *glamour* que hubiera encantado a Scott Fitzgerald, y propone como su corolario la pavorosa desposesión y el desgaste de la sensualidad que resulta de la pobreza? La respuesta es Jean Rhys». (Montague Haltrecht).

«No hay duda de que Jean Rhys es un maestro del siglo XX y que su preterición durante tantos años resulta cada vez más misteriosa». (Julian Jebb).

HASTA SEPTIEMBRE, PETRONELLA

Había un organillo tocando en la esquina de Torrington Square. Tocaba *Destiny* y *La Paloma* y *Le Rêve Passe*, todas canciones que me gustaban, y el viento era cálido y amable en lugar de rencoroso, lo cual no es frecuente en Londres. Metí en la maleta el vestido a listas que Estelle me había ayudado a elegir, y el blanco y barato que me sentaba bien, y mi mejor ropa interior, y mientras me sentía feliz. Toda una novedad, pues ése no había sido uno de mis veranos de suerte.

Había estado diciéndome a mí misma que era el color de la alfombra o alguna otra cosa de mi habitación lo que me deprimía, pero no era eso. Y tampoco tenía nada que ver con el dinero. Estaba ganando cinco libras a la semana: mucho dinero para mí, y una situación muy distinta a la del principio, cuando iba de acá para allá buscando trabajo. Nadie quería vendedores ambulantes ni modelos, a veces hasta lo decía un cartel en la puerta, y te quedabas allí delante, con las manos frías y húmedas, y te daba miedo llamar al timbre. Pero había superado esa fase; esta depresión no tenía nada que ver con el dinero.

A menudo soñaba ser como Estelle, la chica francesa que vivía en la gran habitación de la planta baja. Ella lo tenía todo previsto, caminaba por la cuerda floja maravillosamente, sin enterarse siquiera de que lo hacía. Me ponía a pensar en nuestras conversaciones y en sus vestidos y su perfume y su forma de peinarse, y en que cuando iba a su habitación no parecía que estuviera en uno de esos diminutos apartamentos de Bloomsbury, y en materia de aparta-

mentos de Bloomsbury hablo con conocimiento de causa. No, era como una de las habitaciones que salen en esas novelas románticas tan largas, seiscientas cincuenta páginas de letra pequeña, traducidas del francés, del alemán, del húngaro o algo así, porque pocas de las inglesas dan esa sensación a la que me refiero. Y lees una página de esas novelas, o incluso una sola frase, y te pones a tragar ávidamente el resto, y vives en un sueño durante varias semanas después de terminarla, durante varios meses —quizás toda tu vida, ¿quién sabe?— rodeada de esas seiscientas cincuenta páginas, de las casas, las calles, la nieve, el río, las rosas, las chicas, el sol, los vestidos de las damas y las voces de los caballeros, las viejas mujeres malvadas de duro corazón y las viejas mujeres tristes, los vales, todo. Lo que no está allí lo añades tú misma luego, porque es un libro que está vivo y sigue creciendo en tu recuerdo. Piensas: «La casa en la que vivía cuando leí ese libro», o «Este color me recuerda aquel libro».

Fue después de que Estelle se fuera, diciéndome que se iba a París y que no estaba segura de regresar, cuando empezó la mala época. Varias personas para las que yo posaba se fueron de Londres en junio, pero, en lugar de buscar trabajo, me puse a dar largos paseos, en zigzag, siempre por el mismo sitio —Euston Road, Hampstead Road, Camden Town—, a pesar de que detestaba esas calles, que eran como una pesadilla gris a pleno sol. Veía innumerables mujeres viejas, o mujeres que parecían viejas, escrutando las verduras del mercado de Camden Town, mirándote con odio, o inexpresivamente, como si hubieran olvidado tu idioma, y hablando entre sí. «Dios mío —solía pensar yo—, confío en morirme antes de llegar a vieja. De todos modos, por vieja que llegue a ser, jamás dejaré que se me quede el cabello gris. Me lo teñiré de negro, rojo, el color que sea, pero nunca permitiré que se me quede gris. Detesto el gris infinitamente». Al regresar de uno de esos paseos se me ocurrió repentinamente, como una revelación, que podía

suicidarme en el momento que me diera la gana y acabar así con todo. Después de esto miré las cosas con mejores ojos.

Cuando me escribió Marston y le dije al casero que estaría fuera un par de semanas, él me dijo:

—Así que las señoritas van a pasárselo bien, ¿eh? ¡A pasárselo bien! Ya era hora.

—Se te ve animada —dijo Marston—. Casi no te he reconocido.

Miré a lo largo del andén, pero Julian no había venido a recibirme. Solamente estaba Marston, con su alargada cara blanca y sus ojos azul pálido, sonriendo.

—Qué maleta tan gigantesca —dijo—. He traído mi motocicleta, pero supongo que será mejor que la dejemos. Tomaremos un taxi.

Cuando llegamos a la casa, que se encontraba aislada en lo alto de una pequeña ondulación del terreno, estaba oscureciendo. Había dos olmos en un campo cerca de los soportales, pero el paisaje de bajas colinas y pastizales parecía desnudo.

Mientras avanzábamos por el sendero que atravesaba el jardín oí las risas de Julian y la voz de una chica, muy aguda y excitada, aunque adoptó una expresión tranquila y alta-nera cuando entramos en la habitación. Su vestido era rojo, y llevaba varias argollas de cristal de colores que tintineaban cada vez que se movía.

—Ésta es Frankie —dijo Marston—. Ya conoces al gran Julian, claro.

Bueno, conocía a Frankie Morell de vista, pero como ella no lo mencionó yo tampoco lo hice. Nos sonreímos la una a la otra cautelosamente, falsamente.

La mesa estaba puesta para cuatro personas. La habitación parecía confortable pero no tenía flores. Yo había esperado que la tendrían llena de flores. Sin embargo, había

algunas ramas de madreSelva en un jarrón verde de mi habitación y Marston me dijo desde el umbral:

—He tenido que caminar kilómetros esta mañana para recoger esta madreSelva. Cuando la recogía pensaba en ti.

Y añadió:

—No tardes. Estamos todos muy hambrientos.

Comimos jamón cocido y ensalada y bebimos sidra de pera. Se me subió un poco a la cabeza. Julian habló de su trabajo, que no parecía gustarle. Escribía la crítica de música en un diario.

—Es escandaloso. Te ves forzado a cargarte a los buenos y alabar a los malos.

—¿Forzado? —dijo Marston.

—Bueno, te sueltan indirectas muy claras.

—Yo recogeré los platos —me dijo Frankie—. Tú puedes empezar mañana. Ninguna de las mujeres del pueblo quiere trabajar para nosotros. Llevamos aquí solamente quince días, pero ya nos tienen un odio increíble. Dice Julian que cuando lo piensa casi le da vértigo. ¿Por qué pensar en ello? le digo yo.

Cuando regresó, apagó la lámpara. Todo estaba muy quieto allí. Los dos árboles que había fuera no se movían, y la luna tampoco.

Julian estaba tendido en un sofá y yo miraba su cara y su cabello cuando Marston me rodeó con sus brazos y me besó. Pero yo miraba a Julian y le oía silbar, detenerse, reír, y volver a empezar.

—¿Qué era esa música? —dije.

Frankie respondió con un tono muy paternalista:

—*Tristán*, el dúo del segundo acto.

—Nunca he ido a esa ópera.

Nunca había ido a ninguna ópera. De todas maneras, podía imaginármelo. Podía imaginarme a mí misma en un palco, con un vestido azul medianoche y zapatos de plata, y cuando apagaban las luces todo el mundo preguntaba: «¿Quién es esa chica tan encantadora que está en ese pal-

co?»). Pero como no ocurriera pronto, sería demasiado tarde.

Marston me apretó la mano:

—Magnífica interpretación, Julian —dijo—, magnífica. Ahora, queridos, tendréis que perdonarme pero tengo que dejaros. Tanta emoción...

Julian encendió la lámpara, cogió un libro del anaquel y empezó a leer.

Frankie se sopló las uñas de una mano y les sacó brillo con el borde de la otra. Tenía unas uñas bonitas —claro que en aquella época podías pagarte la manicura con un chelín— pero sus manos eran grandes y demasiado blancas para su cara.

—Te he visto en el Apple Tree, ¿verdad?

El Apple Tree era un club nocturno de Greek Street.

—Sí, a menudo.

—Pero te has cortado el pelo. Yo también quería cortármelo, pero Julian me pidió que no lo hiciera. Me rogó que no lo hiciera. ¿Verdad, Julian?

Julian no contestó.

—Dijo que si me cortaba el pelo él perdería su fuerza.

Julian pasó una página y continuó leyendo.

—No está mal este sitio, ¿no? —dijo Frankie—. No es de éstos en los que el techo está justo a un dedo de tu cabeza y tienes que caminar cuatro kilómetros en la oscuridad para llegar al lavabo. Aparte del dormitorio que te ha preparado Marston, hay otros dos. Ven a echarles una mirada. Si quieres puedes mudarte. Es imposible conseguir que Julian deje su libro. Trata de la inferioridad biológica de las mujeres. ¿No es eso lo que me dijiste, Julian?

—Largaos de una vez —dijo Julian.

Acabamos en la habitación de ella, donde sacó algunos bocetos de cabezas y figuras de cuerpo entero, y unas fotografías.

—¿Te gustan? ¿Conoces a éste? Dice que soy la mejor modelo que ha tenido en su vida. Dice que soy con gran

diferencia la mejor modelo de Londres.

—Preciosos. Estas fotografías son muy bonitas.

Pero Frankie, sentándose en la cama, dijo:

—¿No te parece que los seres humanos son unos cerdos? Dice Julian que no pienso nunca. Se equivoca, a veces pienso muchísimo. El otro día me pasé un montón de tiempo tratando de decidir quiénes eran peores, los hombres o las mujeres.

—¿Quiénes lo son?

—Las mujeres son peores.

Tenía una melena morena, larga y tranquila, que se peinaba dejando la cara al descubierto y le colgaba lisa hasta casi llegarle a la cintura, y una vocecita tranquila y clara, y una expresión tranquila y altanera.

—Te romperían la cara a patadas si se lo permitieras. Y chillarían de placer al verte destrozada. Pero no pienso permitirlo, desde luego que no... Marston se pasa el día hablando de ti —dijo—. Te tiene mucho cariño, pobre Marston. ¿Recuerdas ese retrato tuyo que tiene en su estudio, nada más entrar? ¿Sabes qué dice que es?

—La Apoteosis de la Lujuria.

—Sí, la Apoteosis de la Lujuria. No sé por qué, pero cuando lo pienso no puedo evitar que me dé risa. Pobrecito Andy Marston... Aunque no sé por qué tengo que decir «Pobrecito Andy Marston». Siempre tiene los bolsillos llenos de dinero. Su familia es muy rica, ya sabes.

—A mí me deja fría.

«¿Por qué he dicho esto?», pensé. Porque Marston me gusta.

—Así que eso es lo que piensas de él, ¿eh?

Parecía complacida, como si hubiese oído una cosa que tenía ganas de oír, que estaba esperando oír.

—¿Estás cansada? —dijo Marston.

Estaba mirando desde la ventana de mi dormitorio unas ovejas que pastaban en el campo donde estaban los olmos.

—Un poco —dije—. Un poco mucho.

Las comisuras de sus labios se inclinaron hacia abajo, decepcionadas.

—Oh, Marston, gracias por pedirme que viniera. Es tan fantástico poder alejarse de Londres; es como un sueño.

—¡Un sueño, Dios mío! De todos modos, tratándose de sueños, ¿por qué no podrían ser agradables?

Se sentó en el alféizar.

—El gran Julian no está tan mal, ¿no?

—¿Por qué le llamas el gran Julian? Parece que lo digas en son de burla.

—¿Burlarme yo de él? Santo Cielo, nada más lejos de mi intención. Pienso que es el gran Julian. Será muy importante, en la medida que un músico inglés pueda serlo. Pero es horrorosamente engreído. No tanto en lo que se refiere a su música, claro, como respecto a su encanto personal. No entiendo por qué. En realidad es un tipo muy corriente. Te encuentras con esa nariz y esos labios y esa voz por todas partes. A ti no te cae demasiado bien, ¿verdad?

—¿No?

—Desde luego. ¿Te has olvidado ya de lo molesta que estabas cuando te conté que se empeñaba en ver a una hembra antes de aceptar la idea de vivir en la misma casa que ella durante un par de semanas? Me pareció que lo tomabas muy a pecho. ¡Y no me digas que era pura comedia, pobre diablo de hembra, hembra, hembra, en un país en el que a las hembras apenas si, como máximo, se las tolera! ¿Qué va a ser de ti, Miss Petronella Gray, en tu habitación de Torrington Square, sin dinero, sin educación y sin sentido común...? ¿Petronella es tu verdadero nombre?

—Sí.

—Comoquiera que te llames, me preocupas. Apuesto algo a que tu apellido no es en realidad Gray.^[1]

«¿Qué importa? —pensé—. Si supieras lo horrible que era mi casa no te sorprendería que quisiera cambiar de apellido y olvidarme de todo ello».

—Me pusieron —dije, sin mirarle— el nombre de mi abuela: Julia Petronella.

—Caramba, hasta tienes una abuela, ¿eh? ¡Qué curioso! Y, por todos los santos del cielo, no pongas esa expresión. Acepta mi consejo y deja que te crezcan un par de pieles más y afila tus garras antes de que sea demasiado tarde. *Antes de que sea demasiado tarde*, fíjate bien en lo que digo. Porque, de lo contrario, acabarás pasándotelo horrorosamente mal.

—¿Hasta el punto de desear la muerte?

Él se quedó desconcertado:

—¿Por qué has dicho esto?

—Es lo primero que me ha venido a la cabeza, sin pensarlo. Era una broma.

Como él no respondió, añadí:

—Bien, buenas noches. Y duerme como un tronco.

—No dormiré —dijo—. Probablemente tendré que oír a esos dos un buen rato. Cuando se quieren son ruidosísimos, y cuando se pelean es peor incluso. Ella le persigue con una navaja. No creas, lo hace solamente porque a él le gusta, pero esa apariencia de buen carácter que tiene Frankie no es más que pura fachada. En realidad es una furcia. Cierra la puerta y no oirás nada. ¿Estarás triste mañana?

—Claro que no.

—Pues, entonces, no pongas esa cara de haber perdido un chelín y encontrado seis peniques —dijo, y salió.

Siempre hablan así: «Pones cara de haber perdido un chelín y encontrado seis peniques», dicen; «Se te ve animada, casi no te he reconocido», dicen; «*Alegra esa cara*», dicen. «Querida Petronella, te veo de una manera completamente nueva. Voy a pintarte al aire libre, en esa plaza tan opulen-

ta. ¿Puedes venir vestida con algo alegre mañana por la tarde? No te pongas uno de esos trapos tan tristes que sueles vestir. Alegre. ¿Sabes qué quiere decir esta palabra? Piensa un poco en ello, es muy importante».

Qué cosas se recuerdan...

Una vez que me dejaron sola en un estudio muy adornado, me encaramé hasta un vaciado de yeso —la cabeza de un hombre, una de esas cabezas griegas— y le di un beso, simplemente por su belleza. Sus labios no eran fríos, sino cálidos. Sonreía. Cuando le di el beso la habitación se quedó absolutamente silenciosa y sentí miedo. Un día se lo conté a Estelle.

—¿Te parece una locura?

Ella no se rió.

—¿Y quién —me dijo— no ha besado alguna vez un cuadro o una fotografía y de repente no ha sentido miedo?

La música que había silbado Julian estaba atormentándome. Eso, y los ciegos ojos de la cabeza de yeso, y el modo en que brillaba el sol en el cabezal de hierro negro de mi habitación de Torrington Square los días despejados. Las barras del cabezal me sonríen con una mueca. En ocasiones cuento tres veces seguidas los tiradores de la cómoda. «¡Uno de esos hábitos tan tristes...!».

Empecé a hablar mentalmente con Julian. ¿Era con Julian? «Yo no soy así. No soy así en absoluto. Intentan que sea así, pero no lo soy».

Al cabo de un rato tomé un lápiz y un papel y escribí: «Amo a Julian. Julian, una vez te besé, pero tú no te diste cuenta».

Doblé varias veces el papel y lo escondí debajo de la ropa en mi maleta. Luego me metí en cama y me dormí inmediatamente.

En el punto donde nuestro sendero desembocaba en la carretera había varias casas. Cuando Marston y yo regresába-

mos de nuestro paseo, a la mañana siguiente, pasamos delante de dos mujeres que estaban en sus jardines llenos de altramuces y amapolas. Nos miraron hoscamente, como si nos tuviesen antipatía. Cuando Marston les dijo «Buenos días», ellas no contestaron.

—Maleducadas bestias mojigatas —murmuró él—. Pero no hay remedio, son así.

La hierba que rodeaba nuestra casa estaba crecida y en algunos sitios pisoteada. No había flores.

—Ya han regresado —dijo Marston—. Ahí está la motocicleta.

Ellos salieron a los soportales, muy elegantes; Frankie llevaba su vestido rojo con el cabello recogido con un pañuelo rojo y azul, y Julian se había puesto una americana de color castaño sobre una camisa azul, y unos pantalones viejos como los de Marston. Muy alegres, pensé. (*Alegre. ¿Sabes qué quiere decir esta palabra?*).

—¿Qué te pasa, Marston? —dijo Julian—. Tienes un aspecto espantoso.

—Sí que pareces un poco irritado —dijo Frankie—. ¿Qué ha ocurrido? Cuéntalo.

—No le cuentes nada a ella —dijo Marston—. Voy arriba a acicalarme yo también. ¿Por qué voy a ser el único miembro de esta elegante reunión que lleve una camisa rota y unos pantalones llenos de manchas? Ya veréis lo que tengo, y no me refiero a lo que estáis pensando.

—Vamos a preparar la comida —dijo Frankie dirigiéndose a mí.

La mesa de la cocina estaba cubierta de las cosas que habían traído de Cheltenham, y en un balde de agua que estaba en una esquina había varias botellas de vino refrescándose.

—¿Qué le has hecho a Marston?

—Nada. ¿Qué quieres decir?

No había ocurrido nada. Estábamos sentados debajo de un árbol, mirando un campo de trigo, y Marston había apo-

yado su cabeza en mi regazo cuando apareció un hombre y nos gritó. Yo le dije:

—¿Qué daño cree que podemos estar haciéndole a su trigo? ¿Es que ni siquiera podemos mirarlo?

Pero Marston solamente musitó «Lo siento muchísimo. Lo siento de verdad», y cosas así. Y luego continuamos caminando bajo el sol por la carretera, sin hablar apenas, porque yo le odiaba.

—No ha pasado nada —dije.

—¿No? Bueno, es una pena porque Julian está hoy de mal humor. Pero no le hagas ningún caso. Pase lo que pase, no discutas con él y procura suavizar las asperezas.

Y añadió:

—Mira qué magnífico bisté he comprado. Dice Marston que no soporta ninguna clase de carne, como no sea el jamón cocido, qué te parece, y encima el que cocina es él. Jamón y risotto, risotto y jamón. Y huevos al curry. Eso es lo que comemos todos los días desde que vinimos aquí.

Cuando nosotras entramos con la comida, ellos se habían terminado una botella de vino.

—Brindo —dijo Julian— por los jodidos ciudadanos con que me he cruzado esta mañana. Que florezcan y produzcan descendientes exactamente idénticos a ellos mismos, y peores, mucho peores, cuando todos nosotros estemos sepultados en nuestras deshonradas tumbas.

Marston llevaba ahora un pijama de seda negra con dragones bordados, rojos y verdes. Su largo y delgado cuello y su rostro triste tenían un aspecto extraordinario con aquel atavío. Frankie y yo nos miramos y soltamos sendas risillas. Julian me lanzó una mirada ceñuda.

Marston se acercó al espejo:

—Qué más da —le dijo en voz baja a su imagen—. Qué más da, qué más da.

—Tenemos otra vez jamón cocido y ensalada —dijo Frankie—. Pero he traído unas pocas ciruelas.

La mesa estaba al lado de la ventana. Un blanco y caliente reverbero se reflejaba en nuestros ojos. Tratamos de bajar las cortinas, pero una de ellas se atascó y seguimos comiendo en el reverbero.

Luego Frankie volvió a hablar del bisté.

—Esta noche tienes que darle el primer mordisco de tu vida, Marston.

—No sería el primero —dijo Marston—. Ya me convencieron una vez para que probara la carne de buey.

—No me lo habías contado. ¿No te gustó?

—Yo creía que sabría a sudor —dijo Marston—, y así fue.

Frankie puso cara de preocupación.

—Lo malo es que siempre tratáis de desanimar a los demás por la simple razón de que a vosotros no os apetece. Si al menos os limitarais a eso, pero no descansáis hasta que conseguís que no le apetezca a nadie.

—Emborrachémonos, por Dios —dijo Julian—. Hay montones de botellas de vino en la cocina. Enfriándose, supongo.

—Iremos a buscarlas —dijo Frankie—. Iremos a buscarlas.

Frankie se sentó en la mesa de la cocina:

—Me parece que Julian quiere pelea. Dejemos que se calme un poco... ¿Verdad que estás manteniendo a Marston a distancia? A él no le gusta, está muy desconsolado. Tienes que andarte con tiento, estos tipos pueden ser muy crueles.

A lo lejos un perro ladró, un gallo cantó, alguien serraba leña. Apenas me di cuenta de lo que ella me decía porque, otra vez, se presentó ese sentimiento de felicidad, ese sentirse como pez-en-el-agua, hasta el punto que ni siquiera